do menos faltar á clase; ¿qué dirían sus padres si perdía el año?... Yo, en cambio, de cualquier modo estaba bien. Pedro parecía convencido y me dejaba maniobrar; otras veces me ganaba por la mano, empeñando lo suyo sin que yo lo supiese, y entregándome luego alborozado todo el dinero: yo le reñía severamente; en más de una ocasión necesité realizar grandes esfuerzos de voluntad sobre mí misma para no pegarle: él reía, prometiéndome ser juicioso y trabajar mucho.

—Si puedo—decía,—estudiaré por enseñanza libre, y así, en menos de dos años, concluyo la carrera.

Después se entristecía, considerando la imposibilidad de vivir de la pignoración y del crédito tantos meses. Yo también callaba, hundiendo la mirada en la sima negra y sin fondo de todas las negociaciones. Las familias son como los barcos: de éstos, algunos navegan bien: otros, batidos por las enemigas olas de la desgracia, hacen agua. Los objetos empeñados son lastre arrojado al mar para retardar el momento del naufragio; nuestros vestidos, nuestros pobres muebles, desfilaban casi diariamente, formando desde nuestra casa á la de préstamos, una especie de fúnebre procesión ó rosario: el lastre se agotaba; el momento, pues, del naufragio total, no podía estar lejos...

Entre los pobres, el espíritu de asociación es más fuerte que en la gente rica ó medianamente acomodada. Digo esto porque la angustiosa situación que mi buen Perico y yo atravesábamos, nos captó las simpatías y protección incondicional de la portera, viuda y anciana, con una hija, también viuda y enferma, y cuatro nietos pequeños. Gregoria, así se llamaba aquella infeliz, se batía desesperadamente con la vida, aprovechando lo mejor posible su miserable sueldo de quince pesetas y recogiendo por las noches la comida que algunos vecinos bondadosos la guardaban. Muchas mañanas, yo, asomándome por una ventanita de mi cocina, veía á Gregoria trajinando en el fondo del patio, una especie de pozo frío y hediondo, donde la pobre mujer había improvisado con algunos ladrillos y al aire libre, un pequeño fogón; allí recalentaba los guisos que recogió de limosna la víspera, ó aderezaba unas sopas de pan: sus nietos formaban al rededor de ella, dominados por el hambre y permanecían silenciosos, como alumnos que escuchasen una conferencia interesante: un agradable olor á ajos invadía el patio, subiendo, como un incienso de pobreza, hacia los pisos superiores.

Algunas tardes, cuando yo volvía de la calle cargada con los pertrechos de la cena, encontraba á Gregoria sentada en el primer peldaño de la escalera, los codos sobre las rodillas, la mirada fija en el zaguán, como esperándome. Entonces cambiábamos impresiones y penas: ella estaba al corriente de mis cuitas; sabía que el señorito Pedro no tenía gabán, y que el día antes yo empeñé por cuatro pesetas un corsé nuevecito. Yo, sin embargo, debía no maldecir de la suerte y ser juiciosa; después de los tiempos malos vienen otros mejores; la juventud puede mucho... Pero ella, ¿qué adelantaba siendo buena? Las tres virtudes teologales eran para su corazón letra muerta. ¿De quién tendría ella, vieja y miserable, caridad, cuando nadie la compadeció nunca? ¿Y en qué pondría fe, cuando todo era embuste y humo?

—¿Y esperanza, señorita?—agregaba sonriendo amargamente;—¿qué esperanza quiere usted que tenga á mis años?... ¡Como no sea la de echarme pronto á dormir en el hoyo grande!

Otras veces parecía más contenta.

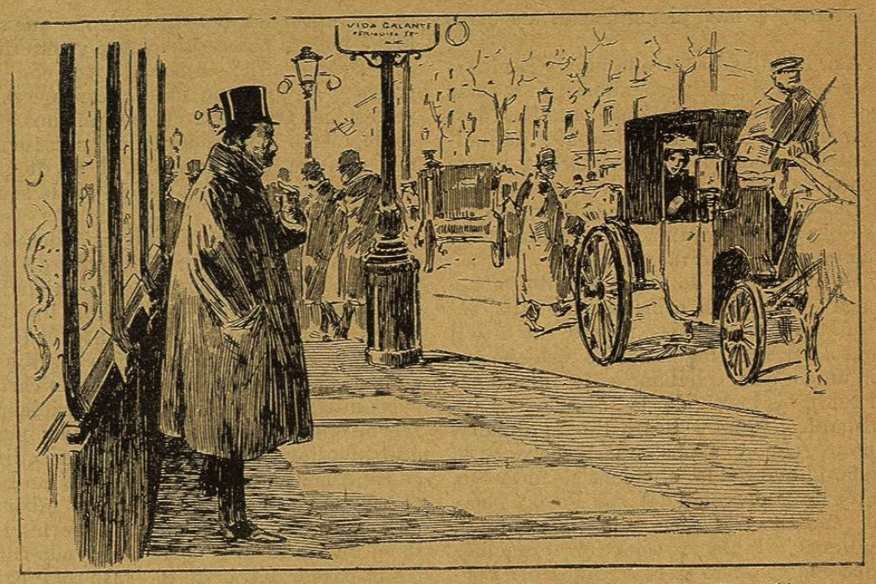
—Esta mañana—decía—pensé pedirla á usted un poco de aceite. ¿Tenía usted?

—Sí. ¿Y, por qué no subió usted?

—No me atreví.

—Hizo usted mal.

Gregoria era buena, fraternizando conmigo en su odio al casero, que por diversos caminos nos explotaba: yo puse mi pobreza á su disposición; ella también me ofreció lo suyo: lo malo era la distancia que nos separaba; entre la portería y mi cuarto había ciento treinta escalones. Para obviar este inconveniente, Gregoria apeló á un medio ingenioso: ella tenía



Eustaquio conducía un coche pausadamente por la calle de Alcalá... (Pág. 41.)

varias campanillas que fueron á sus manos nadie sabe cuándo ni cómo: dos campanillas, unidas por un bramante, era el sencillo procedimiento que establecería fácil comunicación entre nosotras: una campanilla sujeta al muro del patio, cerca del fogón; la otra en el marco de mi ventana; si yo necesitaba algo tiraba del bramante agitando la campanilla inferior, cuyas vibraciones llenaban la portería: Gregoria hacía lo mismo; un cestito bastaba para bajar ó subir lo indispensable: aceite, perejil, un diente de ajo... Aquellas campanillas, que sólo vibraban en caso de necesidad, parecían la voz de la miseria, extendiendo la mano.

Llegó momento en que Pedro no pudo salir á la calle: lo teníamos empeñado todo, absolutamente todo, hasta su traje: yo hacía cuatro días que andaba en enaguas por la casa y con una toquilla alrededor del cuello. Muchas mañanas yo madrugaba para lavar en un barreño las ropas interiores de mi amado, y luego, si el tiempo era hermoso, las tendía á secar delante de la ventana, bajo el sol: Pedro, desde los colchones donde dormíamos, me animaba al trabajo bromeando, invitándome á no dejarle solo mucho tiempo. Aquellos días, aunque rebozados en la picante salsa de un gran amor, fueron muy tristes: los baúles estaban vacíos, las paredes limpias de cuadros; el espejo, con marco dorado, que compramos en una almoneda, también desapareció; la cama, con colchón de muelle y nuestra media docena de sillas, siguieron rumbos obscuros y distintos. Por las noches, especialmente, nuestra pesadumbre crecía; estábamas casi desnudos y entre tinieblas; fuera, allá lejos, resonaba tentador el murmullo de los coches; el día fué malo y el mañana sólo alambicamientos y sinsabores podía acarrearnos; la miseria hablaba con las lenguas incontables y horriblemente persuasivas del silencio, anunciándonos una bancarrota inminente. No obstante, yo era feliz, entregándome confiadamente á lo imprevisto, prefiriendo el cariño de Pedro y aquel honrado

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

no tener, á mis bienandanzas de otros días.

Así, batallando entre la vida y la muerte y como de milagro, subsistimos otras dos semanas. Recordando aquellas desafortunadas aventuras, tropeles de incidentes se agolpan á mi memoria y no me canso de escribir, pues todo me parece digno de consignación y cuidado; que tal es el hechizo derramado por amor sobre cuantos objetos mira y toca.

Como la falta de trajes nos obligaba á hacer del colchón cama, mesa ó silla, según las circunstancias, no nos fué difícil consolarnos de los muebles enajenados. Lo único que echábamos de menos era el reloj; las horas de la miseria son inacabables; aquella boardilla sin almanaque ni reloj y á obscuras, recordaba la nada de que habla el Génesis candoroso, antes de la creación del sol. Poco á poco, sin embargo, y asociando impresiones, pudimos establecer conexión cronométrica exacta entre ciertos ruidos: así, verbigracia, á las nueve de la mañana subía la portera un jarro de leche á los vecinos del piso tercero izquierda; á las once llegaba el panadero; á las dos de la tarde pasaba por la calle un individuo vendiendo décimos de lotería; el barquillero pasaba á las cuatro, y un afilador á las cinco... Y aun entre estos ruidos máximos, sorprendimos otros menores ó secundarios, con los cuales logramos determinar las medias y aun los cuartos de las horas completas.

Aquella situación, al fin, fué insostenible; no teníamos qué comer; debíamos en la tienda de géneros ultramarinos y en la carbonería; el carnicero y el panadero acudían á reclamarnos casi diariamente lo suyo; el casero, á quien adeudábamos tres meses de alquiler, nos lanzaba á la calle... Llena de maternal cariño hacia mi Pedro, á quien veía sufriendo tantos males por mi culpa, le aconsejé que escribiese á su padre, impetrando su perdón y comprometiéndose formalmente á separarse de mí. Pedro, irritado, protestó llamándome ingrata: según él, yo estaba cansada ya de tantos apuros; lejos de arredrarme ante sus reproches, insistí, sabiendo que sólo así podría conseguirle paz y quietud.

—Debes—dije;—reconciliarte con tu padre y vivir á su lado cuatro ó cinco meses: más tarde podremos reunirnos, pero de cierto modo, adoptando precauciones que ya estudiaremos, á fin de que nuestra reconciliación quede en la sombra.

Pedro protestaba furioso tapándose los oídos para no oirme, maldiciendo de los ingratos y de los cobardes que le abandonaban: aquella noche inolvidable los dos lloramos mucho. Al día siguiente, cediendo á mis instigaciones, Perico escribió á su padre una larga y bien razonada carta, arrepintiéndose de lo pasado y haciendo fervorosos propósitos de enmienda; pero á última hora no pudimos distraer quince céntimos en un sello y la carta no fué al correo; al otro día ocurrió lo mismo: más de una semana recuerdo haberla visto en un vasar de la cocina, apoyada contra la pared, detrás de un vaso roto; bajo el polvo, el sobre amarilleaba: de pronto desapareció sin que nadie supiese cómo.

Dios es un clown, un espíritu atrabiliario á veces, á ratos incongruente, socaliñero y bufonesco, que se complac een ponerlo todo, cosas y personas, trastocadas y del revés: por esto, repasando la literatura de todos los pueblos, creo que Aristófanes, Rabelais, Quevedo y Voltaire, son los genios que vivieron más cerca de Dios. Pensando en aquella carta perdida descubro una nueva prueba demostrativa de la íntima y sólida concatenación que existe entre todas las fuerzas y entidades morales y físicas de la vida: nada hay que subsista aislado y por sí; todo gira; la nube se convierte en agua y ésta, filtrándose por las hendiduras de dos peñas, gotea, transformándose en piedra: la muerte es vida, el reposo es origen ó motivo de nuevos impulsos; á veces lo mayor emana de lo más pequeño. En los vulgares asuntos de la actividad social ocurre otro tanto; acaso el triunfo de un artista lo retrase ó impida para siempre una corbata ridícula, un traje mal cortado, una bota que oprimiéndole un pie, le impidió llegar

oportunamente á cierto sitio... Así fué aquella carta que, á no perderse, tal vez me hubiese ligado á Pedro Francos con lazo indisoluble de amor. ¿Qué queréis? En la Naturaleza, como obra del buen Dios, todo es así, y neciamente batallamos por levantar el corazón y dar eternidad á nuestros afectos: la vida, renovándose perpetuamente, es una carcajada inacabable. Cuando el sol se apague, ¿qué será de la gloria de Homero?... Y así de lo demás; todo, aun lo metafísico, lo suprasensible, lo más alto, es cieno y basura: Artemisa, bebiéndose las cenizas de Mausoleo, no pensó en que había de digerirlas después...

23 Noviembre.

Una enfermedad puso fin á este combate sin esperanzas; Pedro, herido simultáneamente por el frío en los riñones y en el pecho, pedía ser trasladado al hospital; yo volví á rogarle escribiese dos líneas á su padre, explicándole concisamente su situación extrema; él, ¡pobre de mi alma! por no abandonarme rehusaba siempre. La noticia de nuestro infortunio propalóse bien pronto por la casa y algunos vecinos compasivos subieron á vernos y otros nos remitieron por mediación de la portera, ropas viejas y algunos comestibles: pero nada bastaba; aquel boardillón, yerto y vacío, era inhabitable y el corazón se me partía de ver tanta miseria. Las noches, especialmente, fueron horribles. Pedro, vestido y con los pies envueltos en una toalla, tiritaba de frío; yo, para reanimarle, me cosía y estrechaba contra él, echándole los brazos al cuello, abrigándole las espaldas con mis manos, juntando mi rostro al suyo, á fin de no desaprovechar tampoco el calor de mi aliento. Jamás rayó mi pasión tan alta. Hubiese querido meterme dentro de aquel cuerpo moribundo, infundirle mi sangre, mi soplo vital, transportar á sus huesos toda mi salud, aunque luego yo quedara reducida á pavesas. La lluvia contaba sobre las tejas; de cuando en cuando una ráfaga de aire penetraba gimiendo por el cañón de la chimenea; según la madrugada iba avecinándose, los ruidos de la calle se extinguían; en el suelo, dentro de un vasito con aceite, ardía una lamparilla; la luz tembleteaba chisporroteando, arrojando reflejos amarillentos sobre las paredes desnudas, salpicadas de clavos inútiles. La luz tiritaba y Pedro también, apretando los dientes; yo preguntaba:

—¿Tienes frío?

El contestaba invariablemente:

—No...

Pero su frente y su manos estaban yertas. Además, la falta de reloj eternizaba las horas; á ratos me acometía un vértigo extraño; parecíame que el mortecino resplandor de aquella lamparilla era la única claridad posible, que el tiempo nos había olvidado y que el sol no volvería á lucir para nosotros. Aquello era trágico, de una intensidad trágica delirante y soñada, horrible, con horror mortal, como el ruido de la tierra cayendo sobre la tapa del ataúd donde fué encerrado un cuerpo vivo...

Comprendiendo la inutilidad suicida de aquella resistencia, escribí á don Cayetano, explicándole la situación en que Pedro Francos estaba. El buen señor nos visitó inmediatamente, elogió mi heroismo y lamentóse de que no le hubiésemos llamado antes. Por la tarde, mi pobre amante fué trasladado á casa de don Cayetano en una camilla.

Describiendo esta parte de mi historia desearía echar el paso largo, resbalando sobre los episodios para concluir pronto; mas no puedo; mi pluma se detiene en estas páginas, negándose á correr; los recuerdos se agolpan, obligándome á una labor analítica, pausada y dolorosa.

La primera noche que dormí sola en aquel boardillón maldito, fué tan mala ó peor que las anteriores: la lluvia cantaba sobre las tejas, la luz de la lamparilla amarilleaba las paredes, alargando las sombras de los clavos: no pude dormir; Pedro ya no tiritaba entre mis brazos, pero el frío de su cuerpo quedaba allí, traspasándome los huesos. A la mañana

siguiente, muy temprano, fuí á casa de don Cayetano, á informarme de cómo seguía el enfermo. A pesar de lo intempestivo de la hora, el mismo don Cayetano salió á recibirme, invitándome á descansar en su despacho; yo rehusé, avergonzándome de mi faldita de percal y del viejo mantón que Gregoria me había prestado: á pesar de mi juventud y de mi belleza pecadora, aquel pobrísimo traje me daba apariencias consoladoras de mujer decente. Supe que Pedro estaba mejor; el médico le había recomendado mucho abrigo y mucha quietud; su vida, por tanto, parecía hallarse fuera de peligro.

—Hoy mismo—agregó don Cayetano—telegrafiaré á su padre y él resolverá lo que ha de hacerse.

Me despedí de aquel señor, quedando en volver por la tarde para convencerme de que el enfermo seguía mejor. El resto del día lo pasé en mi boardilla sin probar bocado ni ver á nadie, y por la noche volvió mi cuerpo á la casa de donde ni mi pensamiento ni mi corazón pudieron separarse un momento. Don Cayetano ratificó sus aseveraciones de por la mañana; Pedro mejoraba y había preguntado por mí; los buenos alimentos realizaban en su excelente naturaleza verdaderos milagros; la alegría arrasó mis ojos en lágrimas; sobre mi pecho las manos inconscientes se cruzaron, dando gracias á lo Invisible por tan subido bien. Don Cayetano, con naturalidad y condescendencia paternales, sacó de su chaleco diez pesetas en dos monedas.

—Supongo—dijo—que necesitará usted dinero: acepte usted esto.

Yo rehusé avergonzada, bajando los ojos. El insistió, dándome para obligarme, una razón definitiva:

—No son míos: me los ha dado Pedro para usted.

Con aquellas diez pesetas viví nueve días, casi dichosa, cierta de que Pedro, aunque separado tal vez para siempre de mí, estaba salvado. Todas las tardes, eligiendo la hora más obscura para no poner de realce la miseria de mi vestido, volvía á casa de don Cayetano: las noticias siempre eran halagüeñas: Pedro no se levantaba, pero continuaba bien y nada movía á suponer complicaciones insanas ulteriores. El padre de Pedro llegó á Madrid al día siguiente de recibir el telegrama de don Cayetano, permaneciendo allí tres ó cuatro días y regresando al pueblo donde negocios urgentes le reclamaban no bien vió á su hijo libre de todo peligro. No era preciso ser Zadig para adivinar en las palabras de don Cayetano la desventajosa opinión que el padre de Perico tenía de mí: yo era una miserable que había explotado al muchacho hasta dejarle en la miseria y sin salud, y se indignaba de que crímenes como el mío no cayesen bajo la competencia ó jurisdicción de los tribunales ordinarios: alardeando de generoso, sin duda, por no extrangularme, no quiso ir á verme. De esta opinión participaban algunos vecinos, que apenas se dignaban saludarme cuando me encontraban por la escalera: para aquellos hipócritas, corrompidos quizá de alma y de cuerpo, yo era también una infame que con malas artes arruiné y perdí á un hijo de familia. Ahora, como entonces, me indigno y protesto de tal acusación. ¡Arruinar yo á Pedro, cuando para bien suyo, por proporcionarle un buen porvenir y la satisfacción de todos los goces, hubiera querido ser millonaria! ¡Enfermarle, cuando le daría mi sangre por verle fuerte y saludable!...Nos conocimos, nos amamos; ¿quién tuvo la culpa de esto? ¿Fué él por encontrarme hermosa? ¿Fuí yo porque su imagen y su voz se me entrometiesen sentidos adentro? Si Pedro me amaba y el corazón brincaba y se me rompía dentro del pecho por irse tras él, ¿qué moral puede exigir que yo, siendo mujer, no hiciese lo que Pedro, hombre y robusto, no pudo hacer?...

Amén de tantas escaseces y privaciones, comencé á sufrir un nuevo tormento: el del hambre.

Deploro hallarme investida de cierta autoridad para hablar de este asunto. A mi juicio hay dos clases de hambre: una, más que hambre verdadera y legítima, es apetito, ligereza de estómago: el apetito de la bohemia artística, la necesidad que se pasea por las calles de las grandes capitales, que se divierte en los teatros ó se entretiene con un café y una conversación agradable, y produce en las facultades espirituales hiperestesia creadora y fecunda y de gallardo oriente; la otra hambre es peor; es el hambre tétrica, silenciosa, horriblemente reconcentrada, de los marinos que desfallecen de inanición en alta mar. De esta laya fué la terrible necesidad que entonces padecí. Privada de todo recurso, pasaba los días con dos panecillos, y quince céntimos de queso, dándome continuamente trazas nuevas para que los reales que aun restaban de las diez pesetas que don Cayetano me dió, durasen indefinidamente; algunas veces, y éste era mi único lujo, Gregoria, que tenía largo crédito en una taberna próxima, me procuraba un vaso de vino. Por las tardes, volviendo de casa de don Cayetano, donde siempre recibía noticias agradables, me sentía fortalecida y contenta. Con tal de que mi amante se restableciese pronto, daba todas las pesadumbres por bien sufridas. Al fin me he convencido de que los hombres, á quienes el combate por la vida fortalece, no son capaces de tanta abnegación; las mujeres en cambio, cuya capacidad superior es la piedad, son almas superiores, semejantes á los ángeles. Al volver de la calle, como no tenía luz y el tiempo era bueno, pasaba algunos momentos asomada al ventanuco de la cocina, en cuyo marco la campanilla que mi absoluta miseria paralizó, iba enmoheciéndose sin sonar. Desde allí mis ojos abarcaban un paisaje vasto y confuso; allá lejos tejados irregulares acribillados de chimeneas, de redes telefónicas, torres de iglesia, altivas cúpulas, todo hacinado en la distancia, reposando bajo las sombras invasoras del crepúsculo; y en primer término y á la izquierda un antiguo solar cubierto de hierba, rodeado por viejas paredes que descubrían entre sus líneas incontables de ladrillos superpuestos, el maderamen que presidió la erección de los muros; en lo alto, como colocado allí para alegrar la tristeza del solar solitario, brillaba un lucero. Ignoro por qué aquel riconcito, que parecía un capricho de pintor impresionista, me conmovía intensamente. Yo miraba al lucero y él parpadeaba, diciéndome cosas recónditas que yo no comprendía. ¿Por qué estaba todas las tardes allí? Y mi imaginación echábase á componer leyendas disparatadas y románticas; acaso aquel lucero velase el sueño de algún cuerpo dormido, desde tiempo inmemorial, bajo los herbazales del solar callado y obscuro.

Por las noches, retardando el espantoso momento de hallarme sola, dejaba mi observatorio y bajaba á la portería, donde Gregoria y yo, luego de acostar á los niños, nos divertíamos jugando á las cartas.

Extraño que todos estos detalles, aun los nimios, se agarren á mi memoria con ahinco tenacísimo. Yo, jugando distraída, perdía casi siempre; cualquier accidente preocupaba mi cerebro, empujándome hacia laberínticos embrollos de cábalas innúmeras: aquellos naipes, procedentes de un casino, parecían resecados por las miradas ardientes de los jugadores; sus espadas parecían manchadas de rojo; las sotas tenían rostros burlones; los reyes, bajo sus coronas doradas, abrían ojos picarescos que insinuaban conocer muchas historias: aquella baraja era como viejo puente por donde pasaron de una mano á otra, muchas fortunas. Por la noche, en la obscuridad del dormitorio, el redolor que la vacuidad de estómago me produjo durante el día, aumentaba: era frío, malestar, inquietud recóndita, cual si las paredes del estómago se juntasen; los borborigmos de los intestinos parecían clavarme alfileres en el vientre: aquel dolorcillo persistía sea cual fuere la posición del cuerpo; las entrañas vacías oscilaban obedeciendo á la gravedad; en actitud decúbito lateral todo parecía ladearse dentro de mí, y sentía pesadeces extrañas en ciertos sitios y desgarros internos, cual si los tejidos se rompiesen sobre las ásperas crestas de los huesos; boca abajo mis riñones flotaban, pesando

horriblemente; la posición supina era aún peor: después aquel desasosiego crecía, atravesando el diafragma inerte, subiendo á lo largo del esófago, hasta la garganta, donde causaba la necesidad insólita de vomitar algo. Esta sensación era compañera de otras igualmente penosas. algo hormigueaba por las palmas de mis manos y de mis pies, enfriándomelos; los dedos inertes se separaban unos de otros, disgregándose en la suprema negación de toda voluntad y de todo movimiento; las piernas y los brazos se entumecían con languidez y parálisis internas, cual si la sangre dejase de recorrer las venas. Dominada por aquel flujo mortal, permanecía inmóvil sobre aquel jergón frío, bajo el corbertor que agujereó la miseria; no podía moverme, en vano la conciencia comprendía que la quietud me era funesta; la voluntad formulaba sus mandatos inútilmente, sin sacudir el marasmo de los nervios centrífugos ó activos, como perneando en el vacío; y si por casualidad la ordenación voluntaria se producía, la atonia general, precursora de la muerte, reaccionaba en seguida acorralándola. Entretanto mi espíritu divagaba por obscuras regiones: extinguida la luz pensante, algo negro, ilógico, rodaba por mi cerebro dando tumbos como un moscardón ciego; en la noche, de mi conciencia todo desaparecía: razón, voluntad, recuerdos; bajo mi cuerpo el suelo oscilaba, tinieblas extrañas bailaban á mi alrededor vagoroso y mareante aquelarre: era una emoción depresiva semejante á la que padecí la mañana en que traspasada de frío, de dolor y de miedo, conocí á Teodora. Sólo de cuando en cuando, interrumpiendo aquel incongruente razonar, había momentos lúcidos: entonces pensaba en Pedro, quien, tan pronto estuviese restablecido, vendría á verme. Parecíame entonces que iba en tren hacia él, y mi pobre discurso enderezaba al cuitado corazón largas reflexiones. «Cálmate — decía,— pues pronto has de verle. Ahora vamos en tren... ¿comprendes?... un tren muy raro... el tren de la vida, que siempre va adelante...» Para ver á Pedro era necesario vivir, envejecer... ¡bueno!... Yo apretaba los ojos, queriendo vivir aprisa, bendiciendo á la muerte, que me devolvía mi amor...

Una tarde, al salir de casa de don Cayetano con la excelente noticia de que Pedro se había levantado por primera vez, encontré á Teodora. Al verme, se detuvo, extendiéndome la mano displicente, detallando mi pobre traje con mirada buída y cruel.

—Adiós, Isabel... ¿cómo estás?

—Bien. ¿Y Joaquín?

—Bueno. ¡Vaya mujer!... ¿Quién iba á decirlo?... ¡tanto tiempo sin cambiar un saludo!...

—¿Qué quieres?... Somos como las hojas caídas: nos reunimos un momento; dos años... tres... y luego, nada... ¡Adiós!... ¡Hasta el valle de Josafat!

Recordando aquéllo no sé cómo ahora, viéndome rica, tengo la estupidez ó la sublime generosidad, de recibirla en mi casa y hasta de dispensarla favores pecuniarios. Teodora me habló friamente, inquiriendo ladina mi situación: yo, dorando mi derrota, cuidé de mostrarme satisfecha de la vida; más satisfecha que nunca.

Llegó por fin un día en que mi debilidad y los dolores de entrañas fueron tan grandes, que apenas pude levantarme: era imposible continuar así; yo adivinaba á la muerte flotando á mi lado, cubriéndome bajo un aire frío. Estaba cierta de que, reanudando mi amistad con Severina Aguilas, me sería fácil ganar dinero, pero quería ser buena y la idea de conocer más hombres me horrorizaba. Mi extremada debilidad y desnudez también me prohibían buscar una familia honrada á quien servir. Entonces, por no prostituirme, robé; robé alevosamente, cobardemente, sin exponerme. Quizá haya puritanos á quienes repugne estos incidentes poco limpios de mi vida; no importa; yo satisfago mi conciencia narrando la verdad: ¿acaso no leemos en las *Confesiones* de Rousseau, modelo de ingenuidad y sencillez, páginas bastante más sucias?

Resuelta á ello volví á casa de Severina Aguilas, que me recibió con alardes de alegría vivísima y con un desilusionado:

—¡Estaba segura de que vendrías á buscarme!...

Que me lastimó bastante. Yo repuse, disimulando mis sentimientos:

—Tiene usted razón: aquello debía concluir... y ha concluído.

Endurecida por cuarenta años de vida canallesca, acostumbrada á ver cómo nacen y mueren las pasiones, no preguntó más, encogiéndose de hombros, con indiferencia de sepulturero, ante las pavesas de los amores extintos. Su distracción me ahorró disgustos.

—Estoy medio desnuda—dije;—necesito, por tanto, me facilite usted unos zapatos, una falda y un mantón mejores que estos que llevo. ¿Puede ser?

Mientras Severina, deseando complacerme, registraba un viejo armario donde guardaba ropas de diferentes mujeres, yo ocupé un sillón; recuerdo que éste era de mimbres; todo voltigeaba á mi alrededor: cuadros, muebles; un rayo de sol refulgía sobre la botella de agua colocada en la mesa de comer, deslumbrándome; cerré los ojos y apoyé la cabeza contra la pared, recordando de pronto la silueta de aquella infeliz que meses antes, en el mismo comedor, estuvo mostrándome sus dientes podridos por el aliento fétido de las malas digestiones. El suelo trepidaba bajo mis pies fríos...

A Saturnina hubo de chocarla, sin duda mi largo mutismo.

—¿Qué te sucede?—preguntó.

—Nada.

—¿Estás enferma?

—No, señora.

Continuó escudriñando los entrepaños del armario, maldiciendo de las criadas que todo lo revuelven. Sin volver la cabeza siguió interrogándome:

—¿Y ese?

—¿Quién?

—Ese... ¿cómo se llama?... Ese, con quien vivías.

—¿Pedro?...

Mi corazón se oprimía y abrí la boca, temiendo no poder respirar.

—No sé su nombre—repuso Saturnina; —hablo de aquel estudiantillo...medio torero...

—Bueno, sí; ese... Pedro...

—¿Qué ha sido de él?

No quise meterme en explicaciones, pues todo ello me interesaba demasiado para dejar que nadie lo menospreciase convirtiéndolo en leve conversación de camino.

—No sé—dije.

—¿No le ves?

—Desde hace tiempo.

—Mejor; aquél no tenía una peseta y... ¡qué narices!... para morirte de hambre siempre tendrás ocasión.

Después, mientras haciendo heroicos esfuerzos sobre mí misma, me desnudaba cambiando mi traje miserable por el que Severina Aguilas me buscó, pregunté á la vieja por varios antiguos amigos míos.

—¿Y Dagoberto, el jockey?

—No le veo. Creo que fué á Inglaterra.

—¿Y Emilio Monje?

—Tan perdido. ¡Puf, qué asco de hombre!... Borracho, mujeriego, jugador, embustero... El diablo no quiere cogerle ni aun con pinzas.

—¿Viene por aquí?

—Casi diariamente y mejor sería que no viniese. ¿Sabes lo que hizo una noche en casa de Faustina la peinadora? ¡Pues... casi nada! Romperla un espejo, por gusto.

—¿Y Pepe Lorca?

—¡Pobrecito! También viene por aquí, pero más de tarde en tarde. Está tísico. Esa marquesa que, como sabes, le viste hace tiempo; le matará. Acuérdate de lo que te digo.

Continué preguntando por otros individuos, amigos míos, cuyos nombres no recordaba.

—Si no tienes prisa y aguardas media horita—repuso Saturnina,—no dejarás de saludar á alguno de ellos. Aquí nunca falta gente...

De pronto las fuerzas me abandonaron y, sin tiempo de sentarme, tuve que apo-

yarme contra la pared para no caer. Saturnina acudió á sostenerme entre sus brazos, conduciéndome á una habitación inmediata donde había una cama. Aquello no era nada; un leve vahído, flato, tal vez: llena de buena voluntad ofrecióme café y pastas; no tenía otra cosa. Yo acepté y aquel ligero piscolabis me salvó. Después, ya más reanimada, volví al comedor donde quedé esperando algo imprevisto, providencial, que no llegaba á definirse en mi nublada razón. No pensaba en nada, ni en nadie; ni siquiera en Pedro...

Ya tarde, cuando comenzaban á disiparse los bienhechores efectos del café, la campanilla anunció una visita; la criada salió á abrir: era un hombre, un amigo de la casa, que preguntaba por no sé quién.

—No está—repuso Saturnina;—pero, no importa, quédate y saludarás á una conocida tuya.

—Oyendo aquellas palabras tuve intenciones de huir, alebrándome en el rincón más apartado y obscuro, tan grande era el asco que los hombres me causaban. Pero la necesidad es implacable, y como tenía hambre, mucha hambre, esperé...

Precediendo á Saturnina Aguilas penetró en el comedor un individuo joven aún y decentemente vestido, cuyo nombre no recuerdo. Con el desparpajo insolente de los aventureros avezados al trato de malas mujeres, llegóse á mí, acariciándome la cara.

—¡Hola, linda pieza!—exclamó,—nosotros somos amigos viejos.

—Es posible...

Contesté humildemente, sonriendo por obra y gracia de la costumbre maquinal que las cortesanas adquirimos de sonreir á todo el mundo, aunque de buena gana le hubiese mordido.

—No hemos dormido juntos—prosiguió;—no obstante, nos conocemos.

—Yo también le conozco á usted.

Y así era; le había visto en alguna parte que mi flaca memoria no concretaba. El vino á sacarme de dudas sentándose á mi lado, explicando nuestro primer encuentro: habíamos estado una noche cenando en los ventorros de Amaniel; yo acompañaba á un amigo suyo.

—Y por respetos á él—agregó—no te eché cuatro requiebros.

Entorné los párpados.

—¿Le gusto á usted?

—Mucho.

La víctima que yo necesitaba estaba allí; la ocasión era llegada y hubiese sido tonto desaprovecharla; yo sonreía inconscientemente. El me cogió las manos.

—Estás fría—dijo.

—Sí.

—Y pálida...

—También.

—¿Acaso estás enferma?

—¡Oh, no!—repuse con displicencia estudiada:—es que no he almorzado..

—¿Cómo?

—Salí muy temprano de casa y no tuve tiempo aún de probar cosa caliente.

Consultó su reloj: eran las siete.

—Te invito á cenar—dijo;—¿aceptas?

Hubo una corta pausa que yo entretuve moviendo la cabeza á un lado y otro con gesto de indecisión y perplejidad. Al fin, repuse:

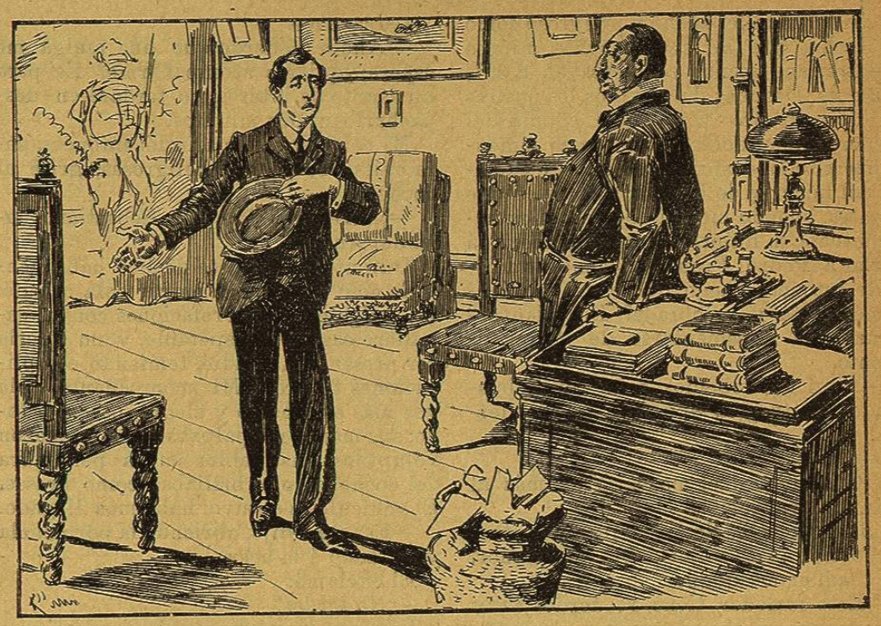
—Bueno...

Me levanté arrebujándome en mi mantón, despidiéndome de Saturnina hasta más tarde, fingiéndome segura y erguida sobre mis piernas temblorosas. Mi improvisado amigo y yo, cogidos del brazo, avanzamos á lo largo de un pasillo mal alumbrado; al llegar al recibimiento, él quiso cobrarme por anticipado algunas de las caricias que más tarde pensaba obtener; después, ya con el apetito alborotado y retozón, me empujó hacia un dormitorio próximo, cuya puerta aparecía entornada.

—Aun es pronto—repuse domeñando con el duro freno de la necesidad mi indignación;—luego...

Salimos á la calle; llovía; una llovizna leve que, abrillantando el asfalto de las aceras, daba al cuadro claridad poderosa.

Pasaba un coche y subimos á él: mi acompañante dió al cochero las señas del café Habanero.



... transido de pena, acudió á casa de don Cayetano... (Pág. 46.)

—¿Qué tienes?—repetía solícito, mirándome.

—Nada.

—Estás triste...

Negué débilmente; él rodeó con su brazo derecho mi cintura, al mismo tiempo que alargaba el cuello para besarme los labios.

—Déjeme usted...por ahora—dije;—me duele el estómago.

Como hombre bien educado y de mundo, se reprimió, compadeciendo mi dolor. Yo cerré los ojos, sintiéndome morir bajo los pliegues de mi mantón, y mi barbilla osciló casi inerte sobre el pecho: la debilidad volvía á enseñorearse de mí: algo letal escarabajeaba la planta de mis pies, trepando por las piernas yertas; mis manos languidecían, abriendo sus dedos, como dejando escapar la vida; en mis intestinos vacíos el aire zumbaba con ronco, insólito y desapacible trompeteo; una sombra negra asaltaba mi cerebro, rebotándome de sien á sien, como perdida en la inmensidad gris del mareo; los porfiados traqueteos del coche corroboraban aquella horrible sensación. El único propósito que persistía en mí era el de comer, comer mucho y á todo trance, aunque sin traicionar á Pedro... Antes que burlarle, preferiría morir.

Llegamos al café Habanero y por una angosta escalerilla subimos á un comedorcito, donde nos sirvieron una cena opípara, con langostinos, ostras y vinos de Jerez y Burdeos. Al principio devoré con apetito rabioso, que entretenía de un plato á otro comiendo pan y entremeses variados: á los chistes y preguntas de mi compañero respondía con monosílabos que apenas interrumpían aquel deglutir incesante; luego, temiendo los efectos de tan inconsederada asimilación, mastiqué más despacio; mi estómago ardía. Grandes oleadas de sangre hirviente incendiaban mis mejillas. Cerca de la mesa había